

Una modernidad “antimoderna”. El problema del estilo en Nicolás Gómez Dávila y Octavio Paz

Ángel Octavio Álvarez*

Recibido: 11 de junio de 2020 / Aceptado: 8 de marzo de 2021

Resumen. El artículo tiene como objetivo mostrar que el estilo como problema político es una de las condiciones de posibilidad para comprender el ethos reaccionario de la modernidad latinoamericana. La conjetura de fondo es que la modernidad latinoamericana es un tiempo diacrónico que mantiene un tiempo liberal en tensión con un tiempo reaccionario, razón suficiente para sugerir que el estilo de los “antimodernos” permite comprender algunos de los problemas de la formación estética-política latinoamericana. Por consiguiente, el artículo está dividido en tres partes. La primera discute el estilo como un problema ético, antes que estético o retórico. La segunda postula la noción de estilo y sus rasgos gnósticos en el colombiano Nicolás Gómez Dávila. Por último, el artículo cierra con una discusión del concepto de estilo de Octavio Paz para mostrar cómo un intelectual que se define a sí mismo como liberal puede compartir el estilo de un reaccionario como síntoma de un ethos epocal.

Palabras clave: estilo; modernidad; estética; expresión; estilística.

[en] An “Antimodern” Modernity. The Problem of Style in Nicolás Gómez Dávila and Octavio Paz

Abstract. The article aims to show that style as a political problem is one of the conditions of possibility to understand the reactionary ethos of Latin American modernity. The conjecture is that Latin American modernity is a diachronic time that maintains a liberal time in tension with reactionary time, reason enough to suggest that the style of “antimoderns” allows to understand some of the problems of Latin American aesthetic-political formation. Therefore, the article is divided into three parts. The first discusses style as an ethical problem, rather than aesthetic or rhetorical. The second postulates the notion of style and its gnostic traits in the Colombian Nicolás Gómez Dávila. Finally, the article closes with a discussion of Octavio Paz’s style concept to show how an intellectual who defines himself as a liberal can share a reactionary style as a symptom of an epochal ethos.

Keywords: Style; Modernity; Aesthetics; Expression; Stylistic.

Sumario. El estilo como problema ético-político. Estilo I. Un antimoderno gnóstico: Nicolás Gómez Dávila. Estilo II. Un “liberal” reaccionario: Octavio Paz. Bibliografía

Cómo citar: Álvarez, Á. O. (2021). Una modernidad “antimoderna”. El problema del estilo en Nicolás Gómez Dávila y Octavio Paz. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 24(1), 17-25.

En *El ogro filantrópico*, Octavio Paz argumentó que uno de los problemas de la fragilidad de las modernidades latinoamericanas residía en el tipo de civilización con las que comenzaron su estilo de gobernar. La diferencia civilizatoria, el viejo reciclaje de Ariel y Calibán, consistía en que la América católica se anteponía a la América protestante. Dos estilos difíciles de identificar. “Los norteamericanos nacieron con la Reforma y la Ilustración; es decir, con el mundo moderno; nosotros los latinoamericanos con la Contrarreforma y la neoescolástica; es decir, contra el mundo moderno”². Lo interesante de este lugar común de la crítica latinoamericana

de mitad del siglo XX es que, si se aceptase literalmente la afirmación de Paz y se contrastase empíricamente, no soportaría ningún tipo de evidencia histórica, al menos no necesariamente. Lo relevante, entonces, es que la contundencia de la afirmación no reside en el valor de verdad de la descripción, sino en la fuerza del estilo. Sirva esta frase de Octavio Paz para plantear una hipótesis: el estilo es un tópico que merece ser explicitado para comprender las formas expresivas de la modernidad latinoamericana. Es más, si existe un elemento crítico destacable del enunciado está en la carga simbólica, en la estructura psíquica que le permite decir a uno de los

* Universidad Iberoamericana – México
angeluscortesano@hotmail.com

¹ O. Paz, “La tradición antimoderna”, *El País*, 30 de mayo de 1982.

intelectuales más representativos de la región: “América Latina apareció contra el mundo moderno”.

Aunque tuvo prácticas y confesiones liberales, Paz enarboló, en algunas ocasiones, el estilo de un reaccionario decimonónico, de un antimoderno en clave liberal. Nada que envidiase un Lamennais o un Coleridge. Por lo anterior, una de las preguntas que intentaré plantear en este artículo es si existen formas retóricas reaccionarias en algunos defensores de la modernidad latinoamericana o, para decirlo de manera más precisa, si el estilo es un modo de presentar ideas que la historiografía liberal condenaría por ser antimodernas. La tesis detrás de esta suposición es simple, aunque problemática: la modernidad latinoamericana es un tiempo diacrónico que mantiene un tiempo liberal en tensión con un tiempo reaccionario, razón suficiente para sugerir que el estilo de los “antimodernos” permite comprender algunos de los problemas de la formación estético-política latinoamericana. Por consiguiente, el artículo está dividido en tres partes. La primera discute el estilo como un problema ético, antes que estético o retórico. La segunda postula la noción de *estilo* y sus rasgos gnósticos en uno de los reaccionarios latinoamericanos más emblemáticos de la primera mitad del siglo XX latinoamericano: el colombiano Nicolás Gómez Dávila. Por último, el artículo cierra con una discusión del concepto de *estilo* de Octavio Paz para, precisamente, mostrar cómo un intelectual que se define a sí mismo como liberal puede compartir el estilo de un reaccionario como síntoma de un ethos epocal. La conclusión es que el estilo como problema político es una de las condiciones de posibilidad para comprender el ethos reaccionario de la modernidad latinoamericana.

El estilo como problema ético-político

En la historia de las ideas latinoamericanas existe un interés cada vez mayor por las expresiones de antimodernidad. La aparición de una historiografía filosófica, que complementase la hegemonía de la historiografía liberal desarrollada desde hace más de doscientos años en las repúblicas americanas, es evidencia del interés por este tipo de expresiones². Este interés historiográfico no es para encontrar la clave oculta de una modernidad reaccionaria ni para justificar la crisis de la democracia liberal, sino para comenzar una forma de trabajo intelectual poco practicada en la región: elucidar el *ethos* de una época sin reducirlo a la comprensión historiográfi-

ca de las estructuras institucionales. Pensar en hábitos antes que en estructuras. Tal aproximación, por demás filosófica o maximalista, constituye un juicio reflexionante con una fuerte carga ético-política. La historia de las ideas latinoamericanas está en condiciones de pensar el estilo como herramienta hermenéutico-política y, por extensión, de abrir el campo de la estilística fuera del dominio de la filología y la literatura comparada.

Como los romanistas alemanes Karl Vossler o Leo Spitzer, algunos investigadores han optado por programar una estilística iberoamericana sin necesariamente acudir a la historia de la literatura³. Otros estudiosos, cercanos a las operaciones de la historia intelectual, prefieren concentrarse en la historia de las prácticas institucionales como fundamento de las decisiones políticas latinoamericanas⁴. Los primeros tienen que lidiar con el exceso subjetivo de las demandas por el estilo. Los segundos no perderse en los fríos conductos de las estructuras objetivas. Precisamente, el estilo del “reaccionario latinoamericano”, el estilo de los “antimodernos” americanos, permite prever la unidad epistémica entre la potencia de la singularidad y el malestar colectivo con la época. Esta descripción del estilo sugiere que sólo a partir del *ethos* de la *distancia estilística* —el reconocimiento de las formas expresivas que separan el presente del pasado— es posible pensar y habitar la compleja modernidad latinoamericana⁵. Como pensó Yukio Mishima, un escritor ajeno a los debates literarios de la región, “vivir una época es ser incapaz de comprender su estilo. Es posible desprenderse sin saberlo del propio tiempo, pero no podemos más que ignorar su naturaleza y su función”⁶.

La historia de la estilística latinoamericana apenas está por escribirse⁷. En un texto poco conocido de Karl Vossler, el hispanista alemán parece sugerir que el estilo, esa forma romana derivada del *stylus*, consiste en encontrar a partir del gusto, la mentalidad de una época:

² Cf. C. Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2004. H. Cerutti Guldberg y M. Magallón Anaya (eds.), *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?*, México, Casa Juan Pablos-UACM, 2003. H. Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, Miguel Ángel Porrúa-UNAM, 1997. H. Cerutti Guldberg, *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, Miguel Ángel Porrúa-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2000. R. Gutiérrez Girardot, *Pensamiento hispanoamericano*, México, UNAM, 2006. A. Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981. A. Roig, *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, Santa Fe de Bogotá, USTA, 1983. A. Roig, *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1994.

³ J.L. Villacañas, *Historia del poder político en España*, Barcelona, RBA, 2014. J.L. Villacañas, *Freud lee el Quijote*, Madrid, Editorial La Huerta Grande, 2017. J. L. Villacañas, *Imperio, Reforma y Modernidad. Vol. 1. La revolución intelectual de Lutero*, Madrid, Guillermino Escolar Editor, 2017. En una órbita similar, cf. G. Muñoz, “Alberto Lamar Schweyer: el arcano de un intelectual reaccionario”. Introducción a A. Lamar Schweyer, *Ensayos sobre poética y política*, Leiden, Bokeh, 2018, pp. 2-14.

⁴ J.E. Palti, *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*, Buenos Aires, Prometeo, 2014. J.E. Palti, *Una arqueología de lo político: regímenes de poder desde el siglo XVII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018. R. Rojas, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la Revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009. R. Rojas, *Los derechos del alma. Ensayos sobre la querrela liberal-conservadora en Hispanoamérica*, México, Taurus, 2014. R. Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, Madrid-Ciudad de México, Taurus, 2018.

⁵ A. Rama, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985. J. Ramos, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

⁶ Y. Mishima, *Confesiones de una máscara*, Madrid, Alianza, 2010.

⁷ D. Alonso, *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1987. D. Alonso, *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, 1982. D. Alonso, *La lengua poética de Góngora*. Madrid, CSIC, 1961. R. Lida, *Introducción a la estilística romance*, Buenos Aires, UBA, 1932. R. Lida, *El concepto lingüístico del impresionismo*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1936.

“Gusto y mentalidad son cosas diferentes, pero en la comunidad lingüística se plantean como idénticos: la mentalidad determina al hombre ético; el gusto, al estético”⁸. El estilo es así un principio de generalidad que se combina con el principio de individualidad. Esta definición de *estilo*, casi idéntica a la que estableció George Simmel a principios del siglo XX⁹, forma una continuidad de problemas de la relación entre hispanismo, estilo y filología¹⁰. Una forma expresiva en que la vida psíquica coincide con el tiempo generacional: genio y generación unidas por la dramática del tiempo. Un individuo capaz de sintetizar la acumulación universal de un tiempo histórico. Una idea de generación que, pese a las distancias estéticas de su tiempo, le es posible prever las afinidades electivas entre sus miembros¹¹. En definitiva, el estilo permite anticipar por qué la escritura personal funciona como alegoría nacional¹².

Por lo anterior, el estilo es uno de los conceptos más potentes para el estudio de las tradiciones estéticas y políticas iberoamericanas. Una categoría interpretativa y un problema de orden estético que permite elucidar los grados de singularidad de un momento histórico, puesto que indica dónde inicia el ethos de una época y donde termina el genio de un individuo. Uno de estos primeros intentos historiográficos que pasó inadvertido fue escrito en 1974 por Daniel Cosío Villegas, fundador de las instituciones académicas más prestigiosas de México: el Fondo de Cultura Económica, el Colegio de México, la Escuela Nacional de Economía y El Colegio Nacional.

En efecto, Daniel Cosío Villegas publicó *El estilo personal de gobernar*: un extraño libro que, todavía, sigue fascinando a las élites políticas y alguno que otro académico despistado que busca explicar los modos, las maneras y las idiosincrasias del ejecutivo mexicano como una cuestión subjetiva. Con este artefacto deudor de lo mejor del ensayo político inglés, Cosío demostraba que la mejor forma de estudiar el sistema político mexicano era por medio del “estilo” que cada presidente impregna en sus actos de gobierno. La razón de esta aportación metodológica residía en que, si se estudiase el temperamento, el carácter, los prejuicios, la educación y la experiencia de cada presidente en turno, entonces se estaría en condiciones de elucidar las diferencias singulares entre cada gestión al margen de las estructuras de continuidad generadas por el presidencialismo mexicano. La razón de esta apuesta metodológica, que responde al sentido común de la cultura política mexicana, está basada en el supuesto que el sistema político mexicano

propicia un estilo personal y no una forma institucional de gobernar. Subjetividad política antes que modos objetivos de formación de instituciones. Estilo antes que procedimiento. Por lo tanto, el arte de gobernar del ejecutivo mexicano puede ser explicado mediante el arte del estilo, el estilo *personal* de gobernar:

Puesto que el presidente de México tiene un poder inmenso, es inevitable que lo ejerza personal y no institucionalmente, ósea que resulta fatal que la *persona* del Presidente le dé a su gobierno un sello particular, hasta inconfundible. Es decir, que el temperamento, el carácter, las simpatías y las diferencias, la educación y las experiencias *personales* influirán de un modo claro en toda su vida pública y, por lo tanto, en sus actos de gobierno¹³.

El libro es un experimento notable de la historia intelectual mexicana. Salvo para los intelectuales del régimen que celebraron el libro como un acontecimiento discursivo, el libro pasó inadvertido¹⁴. Cosío confeccionó su libro con buril de psicólogo, no con pulso de historiador. Cosío estuvo convencido con este ejercicio analítico que, detrás del sistema político mexicano, se esconde la biografía presidencial, que antes que Tucídides o Tácito se encuentra Plutarco y Teofrasto. Como en los regímenes totalitarios, el carácter de un hombre y su temperamento es el correlato más confiable del frágil destino de una nación: la historia de un país modelada por la biografía de un gobernante. En este caso, el pulso de una nación modelado por la vida del presidente Luis Echeverría.

Precisamente, en sus *Memorias*, Cosío relató el nulo impacto académico de *El estilo personal de gobernar*, pero destacó su interés por que el presidente mexicano leyese la analítica del estilo político como una investigación seria y rigurosa, pues la preocupación de Cosío es que no se entendiese su estudio como un análisis objetivo del estilo político; es decir, que el lector promedio, la prensa, el censor o el mismo presidente confundiese las apreciaciones sobre la persona del ejecutivo mexicano como un ataque personal. Al fin de cuentas, el estilo tiene tal grado de intensificación de la singularidad que es fácilmente confundible con el carácter, elemento estrictamente individual. Una preocupación no menor del intelectual Cosío si recordamos los efectos de la personalidad autoritaria del presidencialismo mexicano:

Sí me preocupaba el que se viera en mi estudio un ataque personal a la persona de Luis Echeverría. Por eso tomé todas las precauciones posibles... le pedí a Fausto [Zapata] que le dijera al Presidente que si quería verlo, le facilitaría una copia del estudio, y que si deseaba contestar, yo le pediría a mi editor que publicara ambos escritos bajo un título como éste: “El estilo personal de gobernar. Con una respuesta de Luis Echeverría”. A los pocos días Fausto me llamó por teléfono para decirme que el Presidente quería verlo¹⁵.

⁸ K. Vossler, “La comunidad lingüística como comunidad de mentalidad” en D. López García, *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca. Universidad Castilla-La Mancha, 1996, p. 355.

⁹ G. Simmel, “El problema del estilo”, *REIS* 84, 1998, pp. 319-326.

¹⁰ J.R. Resina, *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

¹¹ J. Edmunds y B. Turner, *Generations, Culture and Society*. Buckingham, Open University Press, 2002. K. Mannheim, “El problema de las generaciones” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 1993, pp. 193-244. J. Ortega y Gasset, “En torno a Galileo” en *Obras Completas V*. Madrid, Revista de Occidente, 1947.

¹² F. Jameson, *El realismo y la novela providencial*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2006. I. Avelar, *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.

¹³ D. Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, p. 8.

¹⁴ E. Krauze, “El estilo personal de gobernar” en *Letras Libres*, 16 de diciembre de 2019. <https://www.lettraslibres.com/mexico/politica/el-estilo-personal-gobernar>.

¹⁵ D. Cosío Villegas, *Memorias*, México, SEP-Joaquín Mortiz, 1986, p. 282.

Independientemente de la recepción pública y la crítica académica del libro de Cosío Villegas, la importancia del libro radica en mostrar en qué medida los historiadores de la filosofía y los críticos literarios olvidaron el estilo como una herramienta historiográfica de primer orden. La historiografía política relegó el problema del estilo a un problema “artístico” y generó con ello un “síntoma anti-esteticista” en la crítica pública mexicana. Es más, el desdén del estilo como un problema ético o político, antes que retórico abonó en la distinción corporativa entre *ensayo creativo* y *ensayo académico*, distinción cara a la república literaria mexicana¹⁶. Ni la filosofía académica ni la historia profesional adoptaron el estilo como una forma de explicación del ethos epocal; por el contrario, estas disciplinas creyeron que el estilo es propio de la historiografía del arte y no de la historia del pensamiento político.

Hoy día, el panorama es un poco más alentador. El “estilo” comienza a ser discutido, nuevamente, en las prácticas historiográficas y las discusiones filosóficas contemporáneas. Giorgio Agamben ha establecido una conexión entre el uso, el estilo y las formas de vida en el cierre de su *Homo Sacer*¹⁷. Emanuele Coccia lo agrupa junto con la mixtura de la vida sensible¹⁸, y la ontología orientada a objetos (OOO) apunta a que el estilo es el medio con el cual los objetos devienen en máquinas, herramientas o prótesis humanas¹⁹. Sin embargo, para explicar el impacto crítico del concepto de *estilo* existen algunas condiciones metodológicas previas.

Primero, el concepto de *estilo* debe des-estetizarse. Asociado comúnmente con el campo literario o con la estética más preceptista, el estilo está asociado con la escritura, con la forma de vestir o con un tipo de comportamiento, el cual remite a una individualidad “extraordinaria” ya sea el genio, el escritor o el modelo. Esto implica mostrar el rendimiento epistémico del estilo en órdenes simbólicos distintos de los señalados anteriormente.

Segundo, el concepto de *estilo* podría ontologizarse. Esto supone vincularlo como una *forma de vida* como sugiere Agamben, o como la síntesis entre la racionalidad objetiva y subjetiva, tal como lo planteó recientemente José Luis Villacañas, en su programa editorial acerca de la inteligencia hispana. En consecuencia, el estilo es más que una estética: la condición de singularización del viviente y de formaciones éticas epocales porque en estas formaciones el mundo humano queda finalmente constituido. El estilo permite construir una fenomenología histórica de las formas de vida.

Tercero, el estilo debe politizarse: devenir en concepto político. No se trata de las políticas del estilo como las luchas semiológicas o las batallas institucionales por la hegemonía cultural de un estilo artístico, sino de entender la dimensión política, agonista y antagónica que posee el estilo como concepto político; esto es, como un indicador de estructuras sociales y transformador de cambios singulares. El estilo como problema político, tal como quedó indicado con la alusión al trabajo de Cosío Villegas, permite mostrar la singularidad de una forma de vida como una expresión de un ethos epocal consistente con los dramas del tiempo humano. La biografía política de las naciones.

Por último, la tesis fuerte de pensar al estilo como un concepto político es que la tarea antropológica fundamental consiste en la necesidad que tiene el ser humano de aprender a singularizarse. La singularización antropológica, la posibilidad de ser un *quién* antes que un *qué*, responde a la demanda por encontrar *un* estilo. Sin el estilo, no existe singularización, y sin la singularización no es posible la vida ética. De manera que, como sospechó Vossler, el estilo permite la unidad entre gusto y mentalidad, entre ética y estética, ya que si la pregunta por la singularización es la pregunta por el estilo, entonces tal pregunta contiene inevitablemente una estructura ética: la aparición frente a los otros como una forma de expresión estética.

¿Por qué definir al bípido implume como un ser del estilo? ¿Aceptamos como advirtió el conde Buffon en su célebre discurso de 1753 que “el estilo hace al hombre”? Indudablemente, el ser humano es el animal del estilo; sin embargo, el problema es que el estilo antropológicamente no debe ser reducido a una variación estética: el estilo es la forma originaria que adquiere el ser vivo para identificarse con los semejantes y distinguirse de los próximos. La razón de este rasgo antropológico reside en que el estilo es la forma única del singular-plural: permite la inclusión del individuo en la comunidad sin por ello encerrarse en la cárcel de la identidad; permite adquirir una identidad sin abrirse a los despotismos de la comunidad cerrada. Singularizar no es individualizar. Singularizar es estilizar. Por lo tanto, el estilo es la máxima expresión de una forma de vida dispuesta a negociar su singularidad con el tiempo y la comunidad que le toca vivir.

Estilo I. Un antimoderno gnóstico: Nicolás Gómez Dávila

La conjetura heurística de este artículo es que el reaccionario latinoamericano es el “maestro del estilo”. La razón que soporta esta noción es que el reaccionario intenta capturar el espíritu de su época por medio de la distancia con el presente. El antimoderno es el máximo representante de la subjetividad moderna porque está en constante alerta frente a la inmanencia de lo nuevo. El reaccionario y el antimoderno son así cultores del estilo porque en ello radica la demanda moral contra la época que les toca vivir.

Para pensar el secreto de la modernidad reaccionaria latinoamericana existen pocas figuras identificables.

¹⁶ L. Amara, “El ensayo ensayo” en *Letras Libres*, 5 de febrero de 2012. <https://www.letraslibres.com/mexico/el-ensayo-ensayo>. Para una crítica política del ensayo mexicano, cf. A. O. Álvarez Solís, “La muerte del centauro. Metacrítica del ensayo mexicano” en D. Abalades (coord.), *Ideas que cruzan el Atlántico. Utopía y modernidad latinoamericana*, Madrid, Escolar y Mayo, 2015, pp. 273-295.

¹⁷ G. Agamben, *El uso de los cuerpos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2014.

¹⁸ E. Coccia, *La vida sensible*, Buenos Aires, Editorial Marea, 2010.

¹⁹ G. Harman, *Object-Oriented Ontology. A New Theory of Everything*, Penguin, Milton Keynes, 2018. G. Harman, *The Quadruple Object*, United Kingdom, Zero Books, 2011. T. Morton, *The Ecological Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.

Uno de estos arcanos es, probablemente, Jacques Maritain. El influjo del filósofo católico es notable, aunque silencioso, pues su pensamiento no sólo formó a las élites conservadoras de la región²⁰, sino que, junto con Charles Maurras, es a quién debemos la asociación entre “reaccionario” y “antimoderno”. Precisamente, Maritain viajó a Argentina en 1936 para participar como Profesor de Honor en el Congreso de Filosofía de Buenos Aires y en los Cursos de Cultura Católica, lugar en el que conoce al intelectual brasileño Alceu Amoroso Lima para ofrecer un fundamento teórico y político a los principales líderes cristianos latinoamericanos²¹.

En *Antimodern*, un libro que curiosamente no fue traducido al español, Maritain introdujo una definición y un estilo de escritura que será repetido por los reaccionarios latinoamericanos, particularmente por el colombiano Nicolás Gómez Dávila y los mexicanos Jesús Guiza y Azevedo o Salvador Abascal. Respecto del gesto antimoderno como expresión reaccionaria, Maritain explicó:

Entendámonos bien. Nosotros no rechazamos en bloque todo lo que los filósofos modernos han dicho, todo lo que han aportado materialmente al pensamiento desde hace tres siglos, eso sería una locura, una ofensa a lo que subsiste de divino en todo esfuerzo hacia la verdad. Nosotros rechazamos el espíritu de la filosofía moderna, sus principios específicos, su orientación de conjunto, la finalidad a la cual tiende²².

¿Por qué Maritain se opone al “espíritu de la filosofía moderna” si el neotomismo consiste en la equivalencia entre catolicismo y modernidad? ¿El tono apocalíptico, el estilo católico, el timbre bélico de la escritura de Maritain invita a desafiar el gnosticismo moderno? Contra la vulgata liberal, el pensamiento de Maritain no puede ser reducido a tomismo intransigente, a catolicismo ultramontano. Por el contrario, con Maritain encontramos el neotomismo como estilo de pensamiento, el neotomismo como militancia antimoderna, precisamente porque la civilización corre el riesgo de desmantelarse estéticamente por el liberalismo y la democracia²³. El neotomismo como el estilo político del arte de gobernar. El antimoderno es así el más moderno de las posibles figuras de la modernidad, el “verdadero moderno”, ya que es una subjetividad capaz de vivir trágicamente entre el pertenecer a una época y tener la suficiente distancia crítica para comprenderla. El antimoderno es, paradójicamente, la contemporaneidad en estado puro. Como explicó Antoine Compagnon: “los antimodernos –no los

tradicionalistas, por tanto, sino los antimodernos auténticos– no sería más que los modernos, los verdaderos modernos, que no se dejan engañar por lo moderno, que están siempre alertas”²⁴.

No obstante, si en algo en lo que coinciden la mayoría de los antimodernos es que el problema de la modernidad no radica en su consumación como época definitiva, ni siquiera su programa antropológico como proyecto moral, sino en algo más aterrador: el supuesto gnóstico que habita en el sujeto moderno para procurarse, por sí mismo, la redención en el mundo. La auto-redención como una inmanencia absoluta. En Latinoamérica, el colombiano Nicolás Gómez Dávila fue uno de los intelectuales católicos que mejor comprendió el sentimiento trágico de la modernidad y sus tentaciones gnósticas. En un claro ataque beligerante contra el gnosticismo moderno, Gómez Dávila argumentó: “Contra la soberbia gnóstica sólo inmunizan el escepticismo y la fe. El que no cree en Dios puede tener la decencia de no creer en sí mismo”²⁵. La salida al gnosticismo es, a final de cuentas, la salida de la modernidad, de esas promesas que la sensatez y el mínimo de pesimismo antropológico sabrían que no podía cumplir. Como nos enseñó ese otro filósofo católico del mediterráneo italiano, Augusto del Noce, la gnosis es el efecto secular de entender la salida al inmanentismo moderno por medio del *praxismo*²⁶. La praxis es así lo opuesto a la fe, la confianza teológica de que el ser humano es capaz de la mutación antropológica porque aún no ha superado el síndrome de Rousseau: el dogma de la bondad natural. “El dogma de la natural bondad del hombre formula en términos éticos la experiencia central del gnóstico. El hombre es naturalmente bueno porque es naturalmente dios”²⁷.

Como puede notarse, el tono irónico, el estilo lacónico, la criptografía con la cual Gómez Dávila perjura contra la modernidad, recuerda ese estilo de erizos con el que Arquíloco, y más adelante Isaiah Berlin, separara la humanidad en dos tipos: “La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante”. Gómez Dávila, como un apologeta del “saber de los erizos”, repite un gesto similar cuando aduce que “sólo existen dos tipos de personas: los que creen en el pecado original y los bobos” y, por esta razón, concluye que el único saber disponible a las altas inteligencias es la verdad del reaccionario. La actitud reaccionaria consiste en asumir militantemente un pesimismo antropológico (“comprender que el hombre es un problema sin solución humana”²⁸), en detestar los orígenes burgueses del capitalismo (“El comunista odia al capitalismo con el complejo de Edipo. El reaccionario lo mira tan sólo con xenofobia”²⁹, en indicar heroicamente el *agón* de la vida revolucionaria (“El reaccionario simpatiza con el revolucionario

²⁰ O. Compagnon, “Bergson, Maritain y América Latina” en H. González y P. Vermeren (dir.), *¿Inactualidad del bergsonismo?*, Colihue, 2008, pp.139-150. O. Compagnon, “1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin America face the Great War” en J. MacLeod y P. Purseigle (eds.), *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004, pp. 279-295.

²¹ J. Gómez Cerda, “Jacques Maritain en América Latina” en A. Correa, *Obras de reconocimiento a Jacques Maritain*. Buenos Aires, Ediciones Humanismo Integral, 1998, pp. 303-319.

²² J. Maritain, *Antimoderno*, Buenos Aires, UCALP II, 2019, p. 1000.

²³ J. Trapani, *Poetry, Beauty, and Contemplation. The Complete Aesthetics of Jacques Maritain*, Nebraska, The Catholic University of America Press, 2011.

²⁴ A. Compagnon, *Los antimodernos*, Barcelona, Acanalado, 2007, p. 12.

²⁵ N. Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito*, Bogotá, Villegas Editores, 2005, p. 194.

²⁶ A. Del Noce, *L'epoca della secolarizzazione*, Milano, Giuffrè, 1970, p. 6.

²⁷ N. Gómez Dávila, *Nuevos escolios a un texto implícito*, Bogotá, Pro-cultura, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986, p. 54.

²⁸ *Ibidem*, p. 124.

²⁹ N. Gómez Dávila, *Escolios, op. cit.*, p. 329.

de hoy, porque lo venga del de ayer³⁰) para, finalmente, entender que la vida moderna es la época definitiva que merece ser estetizada y moralizada sin ninguna concesión liberal: “El reaccionario no argumenta contra el mundo moderno esperando vencerlo, sino para que los derechos del alma no prescriban³¹”.

Por lo anterior, no es extraño, que para Gómez Dávila la modernidad sea enemiga de la singularidad, antítesis del estilo, si sofoca los más altos valores de la civilización cristiana. Especialmente porque la modernidad se nutre de dos fuentes insoportables y ajenas al talante latinoamericano: la Revolución Francesa y la Ilustración. La primera porque generó la fantasía gnóstica de la salvación de la especie y de las independencias americanas: “La Revolución Francesa ha sido la ola más alta de la marea gnóstica³² y, contrario a los reaccionarios franceses, Dávila no considera que sea necesaria una revolución a la inversa, sino que cualquier letrado latinoamericano reconoce la impostura de un Rousseau o de un Robespierre.

La segunda fuente de rechazo moderno es la confianza casi patológica en la razón y en considerar que el ser humano es un animal racional. Ni animal ni racional porque sus afectos son más complejos que los supuestos de una antropología ilustrada: “A un dios sólo lo encadena la ignorancia. Un dios permanece caído mientras ignore ser dios. *Aufklärung* es la traducción circunspecta de Gnosis³³”. Por lo tanto, la crítica de Dávila a la modernidad radica en que obliga al sujeto a confiar en algo que, por la misma expresión histórica, no es confiable. El mal de la modernidad es la racionalidad entendida como confianza antropológica, el supuesto del mejoramiento del género humano, la plenitud de la autoconciencia libre, pues ni Descartes ni Kant ni Hegel identificaron esta valiosa verdad de la sabiduría reaccionaria: “Racionalismo es el seudónimo oficial del Gnosticismo³⁴”.

Por consiguiente, no resultan extrañas las descalificaciones del colombiano a la modernidad ilustrada, pues interpretadas en clave gnóstica, se trata de una forma de modernidad imposible de completar como programa antropológico. Una modernidad que expulsó el estilo en nombre de la democracia y, por extensión, condujo al ser humano a los fríos derroteros de la homogeneidad cultural: una escritura, un canon, ninguna singularización. Por esta razón, Gómez Dávila concluyó que la modernidad es una enfermedad, una herida, una prisión de la cual es posible salir siempre y cuando se diagnostique adecuadamente el mal: “toda alma es una herida, pero el alma moderna apesta³⁵; “sólo las letras antiguas curan la sarna moderna³⁶; “el moderno es prisionero que se cree libre porque se abstiene de palpar los muros del calabozo³⁷; “la causa de la enfermedad moderna es la convicción de

que el hombre se puede curar a sí mismo³⁸. Por lo tanto, diagnosticar los males civilizatorios es la tarea a la que aspira la inteligencia reaccionaria, pues donde hay diagnóstico, hay salud, aunque la enfermedad sea incurable. El reaccionario es un antimoderno porque se niega a vivir como enfermo por un mal que él mismo entendió como curación. El estilo es la cura a los males modernos.

Finalmente, el estilo surge de la puesta en crisis de los valores modernos, del proceso antropológico de des-estetización, pues la modernidad neutralizó el impacto político del estilo al reducirlo a un asunto ornamental y, con ello, hipostasió la distinción entre forma y contenido. El estilo es la disolución de la frontera entre el interior y el exterior, entre forma y materia, entre vida y existencia, pues no hay vida ética que no posea una dimensión profundamente estética. Gómez Dávila asume, entonces, que el estilo es uno de los remedios para no ser capturados por la demanda gnóstica de la Ilustración y, por extensión, para comprender que la escritura, la lectura, la vestimenta y los procesos de cultivo de sí son los procesos de singularización que no salvan la existencia, pero que al menos la hacen menos dolorosa. El aristocratismos de la inteligencia deviene en un hedonismo de las formas porque advierte que los placeres intelectuales son las formas más elevadas para luchar contra la estupidez del sentido común, la moda y la filosofía moderna. Por tal motivo, Dávila concluye que el estilo es un gesto antimoderno en condiciones de modernidad absoluta: “donde los gestos carecen de estilo la ética misma se envilece³⁹; “el estilo es orden al que el hombre somete el caos”; “la única superioridad que no peligra encontrar una superioridad nueva que la eclipse es la del estilo⁴⁰”.

Como un Beau Brummel del centro de Bogotá, Nicolás Gómez Dávila decidió escribir en aforismos, heredar escolios, ofrecer notas, renunciar al tratado; experiencias de escritura “menores” que tuvieron la forma de lo inacabado, lo fragmentario, lo alegórico, por la simple razón de que la humanidad no merece heredar nada, al menos que “la sabiduría de la tradición” —como pensó Curtius— exprese su inevitabilidad antropológica. Incluso, la disciplina filosófica, convertida rápidamente por la filosofía moderna en sistema y por la filosofía contemporánea en *paper*, consiste en un trabajo paciente y minucioso de construcción de un estilo: “aún en filosofía, sólo el estilo impide la transformación del texto en simple documento⁴¹”. En suma, para Dávila, el estilo es la apuesta pascaliana por los amigos, la ampliación de la “comunidad de los solitarios”, la conversión en familia a los contertulios y discípulos a los que ofreció el tributo de la palabra, pues si la escritura merece el trato de “la dureza de la piedra y el temblor de la rama” es porque la amistad es también fragmentaria, solitaria, disidente, cultivada bajo el ritmo lento de duración.

³⁰ *Ibidem*, p. 763.

³¹ *Ibidem*, p. 1313.

³² *Ibidem*, p. 191.

³³ *Ibidem*, p. 193.

³⁴ *Ibidem*, p. 148.

³⁵ *Ibidem*, p. 26.

³⁶ *Ibidem*, p. 40.

³⁷ *Ibidem*, p. 315.

³⁸ *Ibidem*, p. 414b.

³⁹ *Ibidem*, p. 1807.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 1440.

⁴¹ *Ibidem*, p. 65.

Estilo II. Un “liberal” reaccionario: Octavio Paz

A diferencia de España o Argentina, la estilística en México tuvo poco influjo. Acaso el magisterio de Damaso Alonso continuado por Raimundo Lida en el Colegio de México son los antecedentes de esta potente tradición filológica. En México, no existió un Fernández Retamar que escribiese una *Idea de la estilística* (1957) para latinoamericanos, o un Ortega y Gasset que hiciese del estilo una preocupación filosófica de la lengua española⁴². Este dato es relevante si se toma en cuenta que la obra de Leo Spitzer se divulgó en los primeros números de la *Nueva Revista de Filología Española* o que los libros de Auerbach o Curtius tuvieron sus primeras traducciones por el Fondo de Cultura Económica de México. En tal caso, sorprende que por la misma época en que Gómez Dávila escribió sus escolios, Octavio Paz —el moderno “antimoderno” de las letras mexicanas⁴³— postulase algunas reflexiones sobre el concepto de estilo, sobre todo un concepto no estético ni normativo de *estilo*.

Para Octavio Paz, el estilo no es exclusivamente un problema literario. Mas allá de la cuestión poética, el poeta mexicano encuentra en el concepto de *estilo* un doble registro que le permite, por un lado, afirmar que en el estilo se encuentra la singularidad estética de un poeta, filósofo o ensayista; por el otro, que no hay estilo que no sea expresión histórica de una época. El estilo vislumbra las condiciones morfológicas del estadio de una cultura históricamente acotada. *Singularidad y expresión colectiva* son así las dos vertientes del estilo que, además de estar en tensión epistémica permanente, convocan la unidad entre la tradición retórica y la innovación estética.

El lugar en el que están condensadas las reflexiones pacianas sobre el estilo es *El arco y la lira* publicado el mismo año que el libro de Ortega, 1956. Precisamente, en este texto de “estética y poética”, un Octavio Paz, conmovido por la invitación de José Bergamín, decide poner en escena cuatro conjeturas que merecen ser ponderadas debido a su alcance estilístico.

Primero, Octavio Paz plantea que no sólo la literatura o el poema son capaces de ofrecer las condiciones epistemológicas para pensar el estilo, sino que la historia y la biografía son dos marcadores estéticos del estilo de una época. Como cada nación posee una lengua con la cual dota de inteligibilidad su propia conciencia nacional, el estilo aparece en los textos históricos como registro de las formas expresivas de una comunidad. El texto biográfico, análogamente, es capaz de evidenciar la universalidad de un particular por razones epistémicas, cuyo objetivo es sintetizar una época. Al emplear juicios reflexionantes, la historia y la poesía poseen la capacidad de aglutinar el ritmo vital de una época a partir del testimonio, de un relato de singularidad o de un individuo, único e irreplicable. La vida de un individuo vislumbra el tono afectivo de un momento histórico y armoniza las aparentes decisiones individuales con el

destino público de un ethos colectivo. Como lo pensó Wilhem Dilthey a inicios del siglo XX⁴⁴, la historia como biografía de una comunidad y la biografía como la escritura universal de un individuo son dos formas de expresión vital de un estilo. “La historia y la biografía nos pueden dar la tonalidad de un período o de una vida, dibujarnos las fronteras de una obra y describirnos desde el exterior la configuración de un estilo”⁴⁵.

Segundo, el estilo es una relación *técnica*, un modo de continuar y separarse de una tradición poética. El estilo explica un objeto estético como producto epocal y, sin embargo, tal explicación no reduce el alcance y rendimiento estético de una obra. La relación entre estilo y técnica no es sencilla. La técnica, explica un Paz orfebre, es un modo de creación acompañado de reglas repetidas, procedimientos que tienen un valor único hasta que son desplazados por otro procedimiento. El estilo, entonces, es la consumación de una técnica susceptible de ser modificada, trastocada o, en última instancia, sustituida por otra técnica. Sin embargo, para modificar es necesario repetir, para cambiar un estilo primero debe imitarse. Esto le permite a Paz explicar por qué la técnica es la condición de posibilidad de un estilo y, por esta razón, adquirir un estatuto metahistórico: un estilo pertenece a una época, pero ello no impide que muchas obras o artefactos estéticos trasciendan su marco de producción. El estilo supone el dominio, transformación y acabamiento de una técnica artística para así seguir generando una tradición o un canon de perfeccionamiento histórico; por tal motivo, *estilo* y *creación* son distintos pues el primero depende de reglas de composición y repetición; mientras que el segundo se rige bajo el mandato de la innovación y traición con el pasado. “Es verdad que el estilo —entendido como manera común de un grupo de artistas o de una época— colinda con la técnica, tanto en el sentido de herencia y cambio cuanto en el de ser procedimiento colectivo. El estilo es el punto de partida de todo intento creador; y por eso mismo, todo artista aspira a trascender ese estilo comunal o histórico”⁴⁶.

Tercero, el estilo es la acumulación de historicidad de la razón humana. El estilo es un documento histórico. Explicar un estilo permite comprender una época histórica. Por tal razón, el estilo es inapropiable, no tiene dueño ni le pertenece a nadie. Aunque los individuos pertenezcan o reproduzcan un estilo, ningún individuo puede nombrarse como detentor oficial de un “estilo”. El estilo pertenece a la historia y no puede ser apropiado totalmente por ningún agente histórico. El estilo tiene un dueño, el tiempo, razón por la cual los estilos son documentos de producción de sentido epocal, botín de archivo para historiadores y filólogos. El problema es que el estilo no puede ser el objeto último del creador, sea un poeta, un filósofo o un científico, ya que la razón humana es una razón histórica que tiene su propio curso histórico. “Moral, filosofía, costumbres, artes, todo, en fin, lo que constituye la expresión de un período deter-

⁴² J. Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, Madrid, Revista de Occidente, 1956, pp. 156-157.

⁴³ I. F. Vázquez Hernández, *Octavio Paz: un moderno antimoderno*, Madrid, Redactum, 2017.

⁴⁴ W. Dilthey, *Vida y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

⁴⁵ O. Paz, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 13.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 15.

minado participa de lo que llamamos estilo. Todo estilo es histórico y todos los productos de una época, desde sus utensilios más simples hasta sus obras más desinteresadas, están impregnados de historia, es decir, de estilo”⁴⁷.

Por lo anterior, es notable que Octavio Paz introduzca la figura del poeta como sujeto límite de la concepción histórica del estilo. El verdadero poeta —anuncia Paz imita el fondo común de su época, se la apropia y la pervierte, pero sólo algunos poetas trascienden su determinación epocal. Esto significa que “el poeta se alimenta de los estilos” para nutrir el propio y, al mismo tiempo, generar un estilo compartido. El ejemplo utilizado por Paz es Góngora, un poeta “barroco” y, simultáneamente, un poeta universal, perenne, atemporal. Llama la atención que Paz remita al estudio estilístico gongorino de Dámaso Alonso⁴⁸ y concluya que el poeta es vencido por el estilo, que un poeta como Góngora sea un ejemplo de transfiguración del lenguaje literario de una época. Góngora es así un “poeta barroco”, un “poeta universal” y un “poeta sin más”, puesto que fue un poeta cuyo “estilo” consistió en repetir, abandonar y generar un estilo, cuya expresión última esa la historicidad de la poesía. Recuérdese que, contra la idea de “los dos Góngoras” —uno oscuro, otro sencillo—, Dámaso Alonso introdujo la hipótesis de la gradación del estilo en Góngora, al grado que la división cronológica resulta insuficiente. El estilo gongorino, detallado en introducir cultismos sintácticos, hipérbatos y repeticiones lexicales, sirve de pretexto al gran filólogo madrileño, para probar que el estilo es la base de una ciencia de la literatura siempre y cuando perfeccione el análisis de este objeto con la máxima rigurosidad⁴⁹. “La estilística es, hoy por hoy, el único avance hacia la constitución de una verdadera ciencia de la literatura... Nótese que digo un «avance»: sí, es un ensayo de técnicas y métodos: no es una ciencia”⁵⁰.

Por último, Paz prescribió que el estilo no puede ser capturado por la máquina política. El estilo no es estatal ni oficial. El estilo es un elemento infrapolítico⁵¹. Ningún estado o aparato literario puede atribuirse la producción de un estilo. En tal caso, los estados pueden favorecer o promover estilos siempre con fines propagandísticos y, de esta manera, pervertir la voluntad de forma de los

creadores para convertirlos en soldados de la república literaria. El estilo sólo puede emerger en condiciones de libertad, no puede ser impuesto desde fuera, pues surge de las condiciones de intensificación vital de la experiencia estética. Por eso los imperios son la homogeneización del estilo, la pérdida de las diferencias, la melancolía del principio único. La historia del arte, entonces, es distinta de la historia de los estilos pues, si la primera puede expresar las formas estéticas del poder político, la segunda es el límite estético en el que el poder no puede capturar la vida. El estilo no es político ni politizable, pues pertenece al ámbito de la vida interna y sus manifestaciones externas o, si se prefiere, el estilo es co-extensivo al mundo de la vida. Por esta razón, Paz encuentra en el estilo un modo de freno al intento de captura política de las expresiones vitales, ya que ni el arte “político” ni la politización del arte son suficientes para captar la pulsión de forma proveniente del estilo. El estilo es alérgico a la captura de la libertad creativa de los poderes constituido. La autoridad del poder político no es equivalente a la autoridad estética del canon, a pesar de que ambas tienen su legitimidad de la tradición. “Los políticos de aquella época, al contrario de lo que ocurre en nuestros días, tuvieron el buen sentido de abstenerse de legislar sobre los estilos artísticos”⁵².

En conclusión, el estilo como problema político es una de las condiciones de posibilidad para comprender el ethos reaccionario de la modernidad latinoamericana. Esta modernidad superpone un momento sincrónico con las instituciones que hacen posible la vida colectiva y, al mismo tiempo, un momento diacrónico en el que el estilo propio de la expresión individual es capaz de sintetizar el horizonte común de una época. Por lo tanto, el estilo es un concepto ético-político y no sólo un registro estético o retórico de la vida literaria. Los rasgos gnósticos del concepto de *estilo* en Gómez Dávila y las dimensiones políticas de la versión de Paz indican un posible camino de “antimodernidad”, de gesto reaccionario, en condiciones de una modernidad liberal latinoamericana. Esta modernidad, contradictoria y antagónica, está en espera de una historiografía crítica que elucide con mayor fuerza el síntoma estético-político de su ethos epocal y, para tal fin, se sirve de las políticas del estilo.

Bibliografía

- Agamben, G., *El uso de los cuerpos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2014.
- Alonso, D., *La lengua poética de Góngora*. Madrid, CSIC, 1961.
- , *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1987.
- , *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, 1982.
- Álvarez Solís, A. O. (coord.), *Infrapolítica y ética menor*, México, Universidad Iberoamericana, 2019.
- , “La muerte del centauro. Metacrítica del ensayo mexicano” en Abrahams, D. (coord.), *Ideas que cruzan el Atlántico. Utopía y modernidad latinoamericana*, Madrid, Escolar y Mayo, 2015, pp. 273-295.
- Amara, L., “El ensayo ensayo” en *Letras Libres*, 5 de febrero de 2012.
- Avelar, I., *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.

⁴⁷ *Ibidem*, p 55.

⁴⁸ D. Alonso, *La lengua poética de Góngora*, Madrid, CSIC, 1927.

⁴⁹ P. Fernández, *Estilística. Estilo, figuras estilísticas, tropos*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981.

⁵⁰ D. Alonso, *Poesía en español*, Madrid Gredos, 1966, p. 401.

⁵¹ A. O. Álvarez Solís, *Infrapolítica y ética menor*, México, Universidad Iberoamericana, 2019.

⁵² O. Paz, *op. cit.*, p. 56.

- Beorlegui, C., *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2004.
- Cerutti Guldberg, H., *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, Miguel Ángel Porrúa-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2000.
- , *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, Miguel Ángel Porrúa-UNAM, 1997.
- , Magallón Anaya, Mario (eds.), *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?*, México, Casa Juan Pablos-UACM, 2003.
- Coccia, E., *La vida sensible*, Buenos Aires, Editorial Marea, 2010.
- Compagnon, A., *Los antimodernos*, Barcelona, Acontilado, 2007.
- Compagnon, O., “Bergson, Maritain y América Latina” en Gonzalez H. y Vermeren P. (dir.), *¿Inactualidad del bergsonismo ?*, Buenos Aires, Colihue, 2008, pp. 139-150.
- , “1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin America face the Great War”, in Jenny MACLEOD y Pierre PURSEIGLE (ed.), *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004, pp. 279-295.
- Cosío Villegas, D., *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
- , *Memorias*, México, SEP-Joaquín Mortiz, 1986.
- Del Noce, A., *L'epoca della secolarizzazione*, Milano, Giuffrè, 1970.
- Dilthey, W., *Vida y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Edmunds, J. y B. S. Turner, *Generations, Culture and Society*, Buckingham, Open University Press, 2002.
- Fernández, P., *Estilística. Estilo, figuras estilísticas, tropos*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981.
- Gómez Cerda, J., “Jacque Maritain en América Latina” en Correa, A., *Obras de reconocimiento a Jacques Maritain*, Buenos Aires, Ediciones del Humanismo Integral, 1998, pp. 303-319.
- Gómez Dávila, N., *Escolios a un texto implícito*, Bogotá, Villegas Editores, 2005.
- , *Nuevos escolios a un texto implícito*, Bogotá, Procultura, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986.
- Gutiérrez Girardot, R., *Pensamiento hispanoamericano*, México, UNAM, 2006.
- Harman, G., *Object-Oriented Ontology. A New Theory of Everything*, Penguin, Milton Keynes, 2018.
- , *The Quadruple Object*, United Kingdom, Zero Books, 2011.
- Jameson, F., *El realismo y la novela providencial*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2006.
- Krauze, E., “El estilo personal de gobernar” en *Letras Libres*, 16 de diciembre de 2019.
- Lida, R., *Introducción a la estilística romance*, Buenos Aires, UBA, 1932.
- , *El concepto lingüístico del impresionismo*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1936.
- Mannheim, K., “El problema de las generaciones” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 1993, pp. 193-244.
- Maritain, J., *Antimoderno*, Buenos Aires, UCALP II, 2019.
- Mishima, Y., *Confesiones de una máscara*, Madrid, Alianza, 2010.
- Morton, T., *The Ecological Thought*. Cambridge, Harvard University Press, 2010.
- Muñoz, G., “Alberto Lamar Schweyer: el arcano de un intelectual reaccionario”, Introducción a Lamar Schweyer, A., *Ensayos sobre poética y política*, Leiden, Bokeh, 2018, pp. 2-12.
- Ortega y Gasset, J., “En torno a Galileo” en *Obras Completas V*, Madrid, Revista de Occidente, 1947.
- , *La deshumanización del arte*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.
- Palti, E. J., *Una arqueología de lo político: regímenes de poder desde el siglo XVII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018.
- , *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.
- Paz, O., “La tradición antimoderna”, *El País*, 30 de mayo de 1982.
- , *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Rama, A., *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Ramos, J., *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Resina, J. R., *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- Roig, A., *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1994.
- , *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, Santa Fe de Bogotá, USTA, 1983.
- , *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Rojas, R., *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, Madrid-Ciudad de México, Taurus, 2018.
- , *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la Revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.
- , *Los derechos del alma. Ensayos sobre la querrela liberal-conservadora en Hispanoamérica*, México, Taurus, 2014.
- Simmel, G., “El problema del estilo”, *REIS* 84, 1998, pp. 319-326.
- Trapani, J. G. Jr., *Poetry, Beauty, and Contemplation. The Complete Aesthetics of Jacques Maritain*, Nebraska, The Catholic University of America Press, 2011.
- Vázquez Hernández, I. F., *Octavio Paz: un moderno antimoderno*, Madrid, Redactum, 2017.
- Villacañes, J.L., *Freud lee el Quijote*, Madrid, Editorial La Huerta Grande, 2017.
- , *Imperio, Reforma y Modernidad. Vol. I. La revolución intelectual de Lutero*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2017.
- , *Historia del poder político en España*, Barcelona, RBA, 2014.
- Vossler, K., “La comunidad lingüística como comunidad de mentalidad” en López García, D., *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca. Universidad Castilla-La Mancha.